

EL DESAFÍO A EROS

Hasta la aparición de la sexología como ciencia, cualquier expresión del comportamiento erótico había venido rodeada de un halo misterioso, mítico, prohibido y hasta sagrado. De hecho, como diría Bataille: “El sentido del erotismo escapa a cualquiera que no comprenda su sentido religioso, la esencia del erotismo viene dada por la asociación inextricable del placer sexual y lo prohibido, humanamente jamás aparece lo prohibido sin la revelación del placer ni el placer sin el sentimiento de lo prohibido”. Pero incluso los profesionales de la sexología entran en discusión a la hora de diferenciar el erotismo de la pornografía. El antiguo y prestigioso diccionario *Litttré* basado en la etimología, definía lo erótico como lo perteneciente o relativo al amor (Erotikós, de eros, amor), mientras que la pornografía se refería a lo relacionado con la prostitución (Porne, mujer pública).

El erotismo toma en cuenta hechos de orden subjetivo, de placer, de apetito o de necesidad más o menos claramente sexual, como afirmaba Do Luca, pero también ligados al ejercicio de funciones comúnmente consideradas como no sexuales y, puede ser sugestión o alusión y, llegar incluso hasta la obsesión, considerando que cuando el sexo triunfa, comienza la pornografía y cesa el erotismo, que ya no tiene razón de ser.

En ocasiones, presuntos científicos afamados por los medios y poco encontrados en la literatura académica, confunden erotismo y amor, con el pretexto de que la etimología de erotismo contiene la raíz “eros” y, aunque el deseo emanado de la visualización de la persona amada se conjuga de lleno con el concepto amor, como diría Woody Allen, “el amor es la respuesta, pero mientras usted la espera el sexo le plantea unas cuantas preguntas”. Y, aunque imbricados, el amor y el deseo presentan sus claras diferencias.

Las creencias establecidas conjeturan que se desea a la persona que se ama, pero la antropología nos aporta algunos hechos que nos hacen dudar de esta afirmación. Así, los Muria de la India que mantienen el culto a Siva, participan en experiencias de amor colectivo y prenupcial. Siguiendo de nuevo a Do Luca, ese pueblo hindú aporta su solución a los peligros de las “prohibiciones” sexuales, “vacunando” en cierto modo a los jóvenes desde su más tierna edad. En un dormitorio común, llamado ghotul, chicos y chicas gozan de una libertad sexual total donde el sentido de la propiedad está proscrito. Como resultado, los Muria desconocen las palabras amor y deseo, pero sus matrimonios son muy sólidos, la fidelidad rigurosa y no existen los celos.

La cultura occidental nos ha encauzado de otra manera. Cuando en Ottawa (Canadá) el 21 de julio de 1896 se proyectaba *The Kiss*, una película muda de apenas 47 segundos de duración donde podía contemplarse un beso, más bien puritano, éste ocasionó su prohibición debido al erótico contenido. Desde luego, era una época en la que predominaba la moral victoriana y, diríase que duró demasiado tiempo. De hecho, *El amante de Lady Chatterley* de David Herbert Lawrence, libro de obligada lectura, fue escrito en 1928 aunque no se autorizó hasta 1960.

Podría pensarse que en ese periodo de tan puritana moral, predominaba un erotismo *soft* (en argot sadomasoquista: vainilla), pero ya existían en Londres cientos de burdeles

donde se ofertaba el servicio del denominado “vicio inglés” (flagelación). El más famoso fue el dirigido por Teresa Berkeley la cual, además de sus habilidades personales, ofrecía una máquina como el "caballo metálico" inventada para "torturar a los hombres".

A esa parte del erotismo sin amor “al margen del amor” pretenden dedicarse estos renglones, denominado por la literatura científica como parafilia, término que acuñó el médico y psicólogo Wilhelm Stekel, a través de la composición del griego antiguo παρά (pará), “al margen de” y, φιλία (philía) “amor”.

Como puso en práctica el famoso marqués de Sade (Donatien Alphonse François de Sade), se trata de buscar los límites extremos de la sexualidad, explorando una de las dimensiones más importantes de la personalidad privada. Sus indagaciones siguen aún hoy instigando, en muchos sentidos, las fronteras de la conciencia moderna. Para él la sexualidad extrema constituye la máxima expresión de la intimidad, trascendiendo la orientación y la identidad. La perversión no es sinónimo de anarquía, más bien implica la inversión sistemática de todos los tabúes, al enfrentarse de forma regular y repetitiva a todos los límites, hasta llegar al punto donde el placer exige la necesidad del dolor.

Sade propone una especie de declaración de los derechos del erotismo. La libertad sexual constituía el derecho a buscar el placer sin tener en cuenta la ley, las convenciones o los deseos de los demás, aunque esta libertad sin límites era solo para unos elegidos, de inteligencia y clase superiores (los libertinos).

Mientras que la literatura rosa generalmente aborda el sexo de una forma sutil, la obra de Sade aparece descarnada, con cierta intención pedagógica, como queriendo mostrar al mundo lo que él considera placer auténtico, algo a lo que la mayoría no podrá acceder nunca. La primera puede rozar el delirio o el soñar despierto, pero la segunda alcanza el dolor mezclado con la impulsividad y un placer desmedido.

La polar de Sade es la búsqueda del placer, y éste, está ligado al sufrimiento: “... Se imaginaron que hacían algo maravilloso al reducirme a una abstinencia atroz del pecado de la carne. Y bien, se han engañado, me han hecho formar fantasmas qué tendré que realizar”. También en ese mismo sentido se manifestaba Ray Bradbury cuando sostuvo la necesidad de inyectarnos todos los días con fantasías para no morir de realidad.

Pero Sade no estaba solo, su novela Justine conoció seis ediciones en la década posterior a su publicación en 1791, a pesar de ser ilegal. La obra que nos ha dejado (al parecer gran parte de lo que escribió durante su apresamiento en la Bastilla -15 volúmenes manuscritos- y casi todo lo escrito desde el asilo para enfermos mentales de Charenton se ha perdido o fue quemado) define perfectamente el concepto de parafilia, aunque sólo una de ellas, el sadismo, ha sido bautizada con su nombre.

El prestigioso DSM-5 (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales de la Asociación Psiquiátrica Americana, 2013) considera a una persona como sádica, “cuando durante un período de al menos seis meses, presenta excitación sexual intensa y recurrente derivada del sufrimiento físico o psicológico de otra persona, y que se manifiesta por fantasías, deseos irrefrenables o comportamientos. Además, el individuo

ha debido satisfacer estas necesidades con una persona que no consiente, o bien, las necesidades sexuales o fantasías producen malestar acusado o dificultades interpersonales”.

Sacher Masoch, agrega una pequeña variante al sadismo: lo vuelve contra sí. En su vida personal Sacher Masoch que fue historiador y novelista, no pudo desprenderse de una experiencia vivida cuando solo tenía diez años y contempló una escena en la cual una tía suya hacía el amor con su amante. Desde el escondite en que él se ocultaba, presencié también la llegada del marido al que la mujer castigó a latigazos por su intromisión.

Probablemente esa experiencia generó alguna influencia en la escritura de Leopoldo von Sacher Masoch, a quien debemos el nombre de “masoquismo” (por primera vez usa ese nombre un médico impulsor de la sexología como ciencia, Richard von Krafft-Ebing, en su libro *Psychopathia Sexualis*). En su obra *La Venus de las pieles*, y alguna otra novela menos conocida, exalta el placer de ser dominado, mejor aún esclavizado, en todos los planos, espiritual y carnal. No puede haber placer sin sufrimiento físico, con violencia, si es posible. El nuevo aporte de Sacher Masoch no reside tanto en el deleite de ser castigado como en la conciencia muy lúcida de ese deleite y de su origen. Sacher Masoch puso de manifiesto una forma de placer muy difundida desde siempre, que estaba sin etiquetar. Quizás los primeros registros históricos de estas prácticas podemos encontrarlos en la Roma Imperial, cuando Quintiliano hace una referencia velada al placer de los azotes. También hay datos en los escritos de Juvenal en su “Sátira VI”. Petronio, en su “Satiricón”, relata la utilización de la flagelación como tratamiento contra la impotencia: “cuando el joven Encolpio, aquejado de dificultades en la erección, consulta con la sacerdotisa, está le propone flagelarlo con ramas de ortiga mientras sería penetrado con un falo de cuero untado en aceite de oliva”.

Curiosamente, William Acton (1813-1875), médico puritano inglés muy reconocido por la enorme difusión de su libro *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age, and Advanced Life: Considered in Their Physiological, Social, and Moral Relations*, quien consideraba que la masturbación ablandaba el cerebro y conducía a la demencia, fue el primero en mantener que había que prohibir los azotes en las nalgas de los escolares como método de castigo, ya que provocaban una alta excitación sexual. También era partícipe de la idea de la sacerdotisa de Petronio, acerca de que los azotes en las nalgas servían para que la sangre se desplazara al pene produciendo la erección. Por ese motivo fomentó la prohibición del habitual castigo inglés de azotar con varas el trasero desnudo (los azotes en las escuelas inglesas no fueron prohibidos hasta el mandato de Tony Blair en septiembre de 1999).

No obstante, el primer monográfico sobre la flagelación erótica fue publicado por el escritor Heinrich Meibon. Su libro escrito en latín y editado en 1629 se titulaba “*Del uso de las varas en la cosa venérea y en el oficio de los lomos y la riñonada*”. Al fin y al cabo, históricamente se ha entrenado mucho el placer a través del dolor. Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Inocencio VIII, entre otros, creían en las brujas y, la inquisición se empleó a fondo torturando a mujeres desnudas de todo tipo de edades a nivel público, para el disfrute sádico de verdugos y espectadores.

En la actualidad las conductas masoquistas se han especializado: Bondaje (ser atado), Servilismo (ante una "dama"), Infantilismo (regreso a la infancia), Spanking (ser azotado en las nalgas), latigazos, golpes, descargas eléctricas, cortes, pinchazos, humillaciones, asfixiofilia (privación de oxígeno que en ocasiones ha acabado en muerte), etc. Todo ello ocurre generando escenarios que, en su mayor parte emulan los propuestos por Sade: mazmorras, aspecto sacro, útiles medievales de tortura, subterráneos y muchos otros aditivos que han generado una importante industria en la actualidad. Tan es así, que al buscar en internet una versión tan light como podría ser BDSM (Bondage, Dominación, Sumisión, Sadismo y Masoquismo) se encuentran aproximadamente 465.000.000 de resultados.

No obstante, no son el sadismo y masoquismo las únicas parafilias. Money en 1999, alcanzó a definir hasta 136 tipos diferentes. Por otro lado, Aggrawal en el año 2009 describió 547 categorías distintas. Una década después, con la aparición de novedosas tecnologías, se han proporcionado todos los medios para el surgimiento de recientes, desconocidas y originales parafilias.

El ya mencionado DSM-5 solo referencia las más importantes y las clasifica en: fetichismo, paidofilia, travestismo fetichista, exhibicionismo, voyerismo, masoquismo sexual, sadismo sexual, froteurismo y otras parafilias especificadas y no especificadas. Obviamente, algunas de ellas están consideradas como delitos (exhibicionismo, froteurismo y pedofilia); mientras que otras no son punibles por existir consentimiento de las personas adultas involucradas en dichas prácticas sexuales.

Las parafilias están marcadas por fantasías recurrentes, impulsos o comportamientos que implican, generalmente excitación sexual como respuesta a estímulos de inmensa variabilidad. Incluyen todo tipo de objetos, el sufrimiento o la humillación de uno mismo o de la pareja, los niños u otros seres humanos que no participan libremente. Es evidente qué este aspecto diferenciará una simple conducta parafílica de un trastorno. En la mente parafílica puede producirse una fascinación por el objeto, un deseo de posesión semejante a un embrujo artístico, una irrefrenable autorregulación adaptativa, que no causa daño y solo es fuente de placer.

Más del cincuenta por ciento de todas las parafilias se manifiestan antes de cumplir la mayoría de edad y, muy a menudo, las personas parafílicas desarrollan entre tres y cinco tipos distintos que ocurren simultáneamente en diferentes momentos de sus vidas.

Además de las parafilias referidas, no son especialmente infrecuentes las siguientes:

Acomoclitismo: excitación por los genitales depilados.

Acrotomofilia: excitación sexual por personas con miembros amputados.

Agorafilia: atracción por la actividad sexual en lugares públicos.

Amomaxia: excitación solo al realizar una relación sexual dentro de un automóvil estacionado.

Autogonistofilia: placer al ser visto por otras personas mientras se tiene actividad erótica. También ser filmado.

Bestialismo o bestiafilia: acto sexual que involucra animales.

Clismafilia o Klismafilia: excitación por los enemas.
Coprofilia: excitación por las heces.
Crematistofilia: excitación al tener que pagar por sexo o ser robado por la pareja.
Dendrofilia: atracción sexual hacia los árboles y las plantas.
Electrofilia (electrocutofilia): la excitación solo se produce al usar choques eléctricos.
Escopofilia: placer sexual que se obtiene viendo las actividades y los órganos sexuales de otra persona.
Formicofilia: excitación sexual al reptar insectos sobre los genitales.
Fratilagnia: atracción sexual por las relaciones sexuales incestuosas.
Gerontofilia: atracción por personas de mucha mayor edad que uno mismo.
Hibrístofilia: excitación sexual con personas malvadas que han cometido engaño, mentira, infidelidades, crímenes, violaciones, etc., (más frecuente en mujeres).
Hipnofilia: excitación al contemplar personas dormidas.
Misofilia: excitación por la suciedad.
Narratofilia: necesidad para alcanzar la excitación de palabras obscenas, contar o escuchar o leer historias eróticas.
Necrofilia: excitación con cadáveres y cuerpos en putrefacción.
Neofilía: solo se consigue el placer con lo nuevo.
Olfactofilia: excitación por olores corporales (secreciones vaginales, etc.).
Parcialismo: atención centrada exclusivamente en una parte del cuerpo.
Pigofilia: excitación por las nalgas humanas.
Pubefilia o ginelofilia: excitación al contemplar vello púbico.
Sinforofilia: excitación sexual cuando presencian un desastre como un siniestro de avión, un accidente de coche, etc.
Telefonicofilia: excitación por conversaciones a través del teléfono.
Tricofilia: excitación por el cabello humano.
Troilismo: goce al ver disfrutar sexualmente a la pareja con otra persona.
Urofilia: excitación por orinar sobre otra persona, o viceversa.
Salirofilia: excitación al escupir o ser escupido.
Saliromanía: excitación al dañar o ensuciar el cuerpo o las prendas de vestir de una mujer.
Vomerofilia: también denominada emetofilia, donde la excitación se obtiene por el vómito ya sea viéndolo, induciéndolo o haciéndolo por sí mismo.

Se podrían añadir muchas más, aunque lo realmente importante es incidir en la diferencia entre conducta parafílica y el denominado trastorno parafílico (DSM-5). Por ejemplo, ser orinado como fuente de placer erótico (“lluvia dorada” en argot bizarro) constituye una práctica urofílica en un contexto donde es posible la excitación a través de otras conductas. Se convertiría en un trastorno parafílico, si la orina fuera el único estímulo posible para alcanzar la excitación. Lo cierto es que un estudio llevado a cabo en la universidad de Humboldt (Berlín) mostró que un 62.4% de hombres se ha excitado alguna vez con fantasías o conductas de carácter parafílico, un 9.5% tiene fantasías sexuales parafílicas y un 3.8% conductas parafílicas.

En definitiva, son muchas las personas que utilizan conductas parafílicas en su vida cotidiana, sin reconocerlo, porque como afirmó Kinsey, en uno de los estudios más amplios sobre conducta sexual humana, con una muestra de 16000 personas, el 86% de

los adultos vive en ruptura permanente con el código moral que fingen aceptar y que, a veces, incluso imponen, no en pocas ocasiones por la fuerza.

Sin duda, el homo sapiens no puede dissociarse del homo eroticus que lleva dentro y el homo eroticus, en ocasiones, desafía a Eros, lo traspasa, lo implementa, lo bizarra, lo lleva al extremo, sacando a paseo al homus parafilicus.